

DERECHO CONSTITUCIONAL

Individualismo, personalismo y solidaridad: una aproximación al “ser nacional”

POR ALBERTO RICARDO DALLA VÍA (*)

Resumen: En los comienzos del siglo XX, muchos intelectuales pusieron su atención en caracterizar un “ser nacional” o prototipo humano argentino. El tema no dejó ni deja aún de encender hondas polémicas.

Los datos que se relataran en el presente trabajo demostrarán que entre nosotros la pertenencia a una “parte” es más importante que la pertenencia al “todo”. Y tal vez por ello en alguna medida explica que nuestra capacidad individual se pierde ante el fracaso de organizarnos colectivamente. Se destaca, entonces, el egoísmo como nota relevante y característica del argentino promedio -especialmente del porteño pero no excluyente de los demás- que suele ser caracterizado por quienes nos observan desde otras latitudes.

Otro factor muy importante a relacionar es el personalismo heredado del pasado colonial y caudillista y que lleva a verdaderos niveles de exageración.

Sin perjuicio de todo ello, y como contraste a tanta banalidad se destaca, también, el gran sentimiento solidario de una parte importante de la población con afán participativo y comprometido.

Palabras clave: Individualismo – Personalismo – Solidaridad – Tradición y Costumbres – Ser Nacional.

**INDIVIDUALISME, PERSONNALISME ET SOLIDARITÉ:
UNE APROXIMATION A L'ETRE NATIONAL**

Résumé: Au début du XXème siècle, nombre d'intellectuels ont mis leur attention pour caractériser un “être national” ou prototype humain argentin. Le sujet continue à déclencher de profondes polémiques.

Les données qui seront exposées dans le présent travail démontreront que parmi nous, l'appartenance à une partie est plus importante que l'appartenance à l'ensemble. Et peut-être cela explique-t-il que notre capacité individuelle se perd devant l'échec de notre organisation collective. On remarque alors l'égoïsme comme caractère distinctif de l'argentin moyen, particulièrement du *porteño* mais n'excluant pas les autres, caractère distinctif qui est en général octroyé par ceux qui nous observent dans le monde.

Une autre caractéristique très importante qu'il faut tenir en compte est le personnalisme hérité du passé colonial et du passé des *caudillos* et qui mène à l'exagération.

Tout en tenant compte de cela et en revanche avec tant de banalité, on remarque aussi le grand sentiment solidaire d'une partie importante de la population qui a la volonté de participer et de s'engager.

Mots clés: Individualisme – Personnalisme – Solidarité – Tradition et Coutumes – Être National.

(*) Juez de la Cámara Nacional Electoral. Profesor Titular de Derecho Constitucional (UBA). Académico de Número de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

En los comienzos del siglo XX, muchos intelectuales pusieron su atención en caracterizar un “ser nacional” o prototipo humano argentino. En ello tuvo influencia el pensamiento nacionalista que por ese entonces recibiría la influencia del francés Charles Maurrás.

De alguno u otro modo, la exaltación de un prototipo de argentino alcanzaría su concreción en las supuestas virtudes vernáculas de gauchos y criollos que construirían la idea de “tradición nacional” frente a la importación de otros conceptos como la “raza” hispánica o la mirada puesta hacia los europeo.

En esa exaltación vernácula, aparecían los extranjeros, especialmente los inmigrantes a quienes se denominaba “gringos”, como portadores de nuestras mayores desgracias y retrocesos morales y a quienes, por lo tanto, correspondía relegar.

En la literatura, ninguna obra resultó ser más significativa que el “Martín Fierro” de José HERNÁNDEZ en donde se destaca el espíritu de libertad del gaucho sin fronteras, habitante de nuestras extensa pampas, quien por obra y gracia de las nuevas leyes se convierte subrepticamente en “vago” y “perseguido” y es obligado a abandonar su rancho y a los suyos para marchar a la línea de fronteras a combatir a los indios con quienes comparte modalidades de la vida salvaje.

El tema no dejó ni deja aún de encender hondas polémicas. Uno de nuestros más brillantes hombre de letras, Jorge Luis BORGES señalaría que el libro cumbre de la literatura argentina debería ser el “Facundo”, escrito por Domingo Faustino SARMIENTO —subtitulado “Civilización y Barbarie”— en lugar del “Martín Fierro”, al que más allá de su belleza poética consideraba un catálogo de vicios y de las peores actitudes incivilizadas de nuestra idiosincrasia, como se refleja en los “consejos del Viejo Vizcacha” que recomienda “hacerse amigo del juez”, entre otras ideas “prácticas” en lugar de cumplir las leyes.

Es justo reconocer que Sarmiento, preocupado por formar una nación moderna con habitantes que fuesen a su vez ciudadanos de una democracia representativa; prefirió recurrir a la recomendación de atraer como inmigrantes a agricultores y obreros europeos y maestras norteamericanas.

En ese contrapunto de “civilización o barbarie”, en no pocas oportunidades manifestó su desprecio al gaucho matrero; frecuentemente integrante de las “montoneras” que comandaban los caudillos provinciales del interior. En esa línea sus detractores revisionistas suelen traer a colación una carta recomendando no ahorrar sangre de gauchos en la guerra de exterminio librada principalmente contra las montoneras del General Ángel Vicente Peñaloza y del Coronel Felipe Varela.

Fue precisamente durante la presidencia de Sarmiento que tendría lugar el ataque de la “última montonera” en tierras del litoral, al mando de Ricardo López Jordán y que el ejército nacional barrera con la notable ventaja de los fusiles recientemente adquiridos y de las ametralladoras que enfrentaban los avances de hombres armados con lanzas y boleadoras.

En la línea de exaltación gauchesca, cabe mencionar y otorgar un papel relevante en nuestra literatura al poema “Santos Vega”, de Rafael OBLIGADO, en el que el gaucho, en este caso un renombrado payador, hábil con su guitarra y de gran reputación en las pampas, se ve ante el inexorable trance del destino de tener que enfrentarse en una “payada” con “Juan Sin Ropa”, quien no es sino la personificación endemoniada de “el progreso”.

Y en esa célebre payada se produce el triunfo del progreso sobre la tradición, resonando para siempre en la pampa el cantar popular “Santos Vega el payador, aquél de la larga fama, murió cantando su amor, como el pájaro en la rama”.

Y la lista podría ampliarse largamente, sin dejar de incluir en la misma a los dos “Fausto” el de Estanislao DEL CAMPO y el de Hilario ASCASUBI y, años más tarde, al “Don Segundo Sombra” de Ricardo GÚIRALDES.

Leopoldo LUGONES combinaría genio literario con reivindicaciones nacionalistas que lo acercaría a límites muy peligrosos como anunciar desde un teatro de Lima, al cumplirse el centenario de la

batalla de Ayacucho, que había llegado “La hora de la espada” en América Latina, abriendo un cauce ideológico a las ideas nacionalistas que a larga terminarían justificando, al amparo de las mismas, las intervenciones armadas en el continente.

Particularmente importantes han sido las influencias que tendrían las obras de dos grandes escritores argentinos.

En “Radiografía de la Pampa”, Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA, realiza una profunda búsqueda y exploración en las profundidades de nuestros defectos y virtudes para apelar a las fuerzas telúricas, que se enfrentan con fuerzas mecánicas, pujando una difícil pulseada por el despertar de la conciencia nacional.

Con un estilo tal vez menos duro y riguroso pero de mejor construcción literaria; Eduardo MALLEA en su “Historia de una Pasión Argentina” así como también en “La Vida Blanca”, encuentra las fortalezas del carácter nacional y de una conducta moral íntegra en las tradiciones.

La línea de reivindicación del pasado, aún con sus diferentes matices, ha permanecido en los debates culturales y también en la consideración social, erigiendo al gaucho en prototipo de valores ancestrales —el coraje, la lealtad a una causa, el cumplimiento de la palabra empeñada, el amor a la tierra, el patriotismo— frente a la mixtura provocada por el advenimiento de la inmigración y del progreso.

La consideración de la Argentina como un “crisol de razas”, respondiendo al objetivo preambular de invitar “a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, mostraba una nueva sociedad, como lo ilustrara muy bien Florencio SÁNCHEZ en “M’hijo el dotor”.

Esa realidad también tenía el contraluz del hombre medio que se sentía postergado y ajeno a la escena, principalmente en el hombre del interior que también inmigraba desde los pueblos hacia Buenos Aires, atraído por el proceso de industrialización y los derechos sociales. Esos contrapuntos fueron magistralmente tratados por los escritores de tránsito entre el predominio radical y el nacimiento del peronismo como “El medio pelo” de Arturo JAURETCHE y “El Hombre que está solo y espera” de Raúl SCALABRINI ORTIZ.

El complejo caleidoscopio de personajes y de líneas culturales de influencias recíprocas, sería también caracterizado por la literatura de izquierda en los escritos de Jorge Abelardo RAMOS y de José Luis HERNÁNDEZ ARREGUI, en la búsqueda de la formación de una conciencia nacional que superara el modelo económico agroexportador condicionante de una “oligarquía rural” cuyas contradicciones no permitieron el desarrollo pleno de un proletariado industrial ni completar siquiera el ciclo económico de la industrialización.

En todo caso, la búsqueda del “ser nacional” sigue siendo en buena medida un tema abierto y no es baladí reconocer que el poco tiempo transcurrido desde nuestra emancipación, hace que tengamos una identidad como país que no es equiparable al desarrollo histórico de los estados nacionales europeos, cuyos límites geográficos, en cada caso, encierran y comprenden nacionalidades consolidadas étnica, geográfica, cultural, histórica y políticamente.

Uno de los reflejos más palpables de tal observación es el criterio jurídico utilizado, en uno y otro caso, para la obtención de la ciudadanía. Así, la mayor parte de los países europeos suelen fundarla en el derecho de la sangre o del parentesco (*ius sanguinis*), en tanto que, los países de inmigración, como la Argentina, fundamentamos el derecho a adquirir la ciudadanía en el nacimiento en el territorio nacional (*ius soli*) conforme lo establece expresamente el art. 75 inc. 12 de la Constitución Nacional al obligar al Congreso seguir este principio en las leyes que sancione sobre este tema.

En el destacado libro sobre los Federalismos en América Latina, Marcelo Carmagnani explica al principio de la obra que el término “argentino” se aplicaba durante mucho tiempo de manera exclusiva a los habitantes de Buenos Aires, del Litoral y del entorno pampeano del Río de la Plata, siendo perceptible la relación entre argentinos (originarios de la tierra del plata) y Argentina (de *argentum*) como tierra del plata.

En esta consideración, no debe olvidarse la anterior denominación de nuestro país, que antes de ser “Confederación Argentina” fue “Provincias Unidas del Río de la Plata”, siendo que sería el proyecto político de la generación del ochenta el que desplegaría el desarrollo económico, político y social sobre la llanura pampeana, diseñando sobre la misma un sistema completo de silos para el almacenamiento de granos y de líneas de ferrocarriles y de rutas convergentes sobre Buenos Aires y los otros puertos principales como Quequén, Rosario y Bahía Blanca. En ese marco nacieron las principales poblaciones.

El país pensado por la generación de 1837 y puesto en marcha por la generación de 1880 tuvo un escenario nuevo que fue la Pampa Húmeda. No se construyó sobre “lo tradicional y lo serrano” representado por las provincias históricas, anteriores en el tiempo y en la historia, que se ubicaban a lo largo del camino real hacia el Alto Perú y hacia Lima, antigua Capital del Virreinato; Fuertes vestigios de nuestro pasado y tradición colonial se encuentran en Córdoba, Tucumán; Salta y Santiago del Estero; pero no fue sobre esas provincias en donde se construyó la nueva nación que se ubicaba a la cabeza del mundo iniciado el siglo XX como resultado de un modelo agro-exportador exitoso.

Claro está que los argentinos no son únicamente los porteños, aunque de allí provenga la denominación. Sostener eso sería tocar un punto neurálgico, habida cuenta de las disputas históricas entre porteños y provincianos que aún subsisten y que Félix Luna también sintetizara en uno de sus libros titulado “Buenos Aires y el País”.

Las luchas entre “unitarios y federales” no fueron en realidad una disputa técnica sobre una forma de estado o de gobierno sino el enfrentamiento entre un modelo ilustrado centralizado que miró a la revolución francesa y un interior que defendía sus economías regionales y sus tradiciones, además de la religión católica.

Son argentinos todos los habitantes de nuestra tierra en la extensión que universalmente hoy se reconoce al término, aun cuando se destaquen distintas regiones, características, tipos humanos y formas de ser.

Hay una región del “tango”, otra del “chamamé, otra de la “zamba” y también una región del “carnavalito”, entre otras, cada una con sus características folklóricas, sus hábitos y sus costumbres pero integrando una misma nacionalidad, ya que como reza el art. 8º de la Constitución Nacional, la condición de ciudadano de una provincia es equivalente a la condición de ciudadano en las demás.

Lo notable, en todo caso, es que existan ciertas características, que más allá de que pueda gustarnos aceptarlas como propias o no, se han evidenciado a lo largo de los años, entre las que se destaca como patrimonio común de los argentinos, una particular y marcada inclinación hacia el egoísmo y a la autovaloración.

Un primera respuesta fácil y frecuente frente a esa objeción es la de defendernos señalando que, como somos un “crisol de razas”, por lo tanto estamos lejos de representar un prototipo humano definido, en tanto que, y en cambio, reunimos las particularidades de la mezcla de distintas razas y nacionalidades.

Sin embargo, es un rasgo de sinceridad y de honestidad reconocer que esa respuesta encerraría un gran margen de vaguedad al tiempo que resulta ser insuficiente para dar una explicación acabada o una respuesta cuanto menos satisfactoria a nuestras tendencias egoístas.

Así, a la cerradez, desconfianza e introspección del gaucho, podríamos agregar y confrontar la actitud escondedora y negadora de los marginales y lumpenes del puerto de Buenos Aires, cuya expresión pseudo-cultural más acabada y definidora se encuentra en el “lunfardo”, un lenguaje creado para despistar y engañar a la policía; también expresión de un tipo humano compuesto de hombres solitarios y desamorados, plagados de desconfianzas y obligados a enfrentar con coraje la adversidad.

Cuando en 1910, al cumplirse el primer centenario de la Revolución de Mayo, Juan Agustín GARCÍA relataba en “La Ciudad Indiana” como una de las características más negativas de nuestra sociedad “el desprecio a la ley y el culto al coraje”, puso sobre el tapete, con toda crudeza y realismo pero con una gran visión de analista de nuestra realidad, la incapacidad para someterse al juego colectivo a través de las leyes para emprender el proyecto sugestivo de vida en común.

Es curioso que al mismo tiempo; un gran argentino en muchas facetas, jurista, literato, político y escritor; el último gran representante de la generación de 1880; Joaquín V. GONZÁLEZ en un conjunto de artículos publicados en “La Nación” para revisar el primer centenario y que se denominara “El Juicio del Siglo” pusiera de relevancia trágica la llamada “ley del odio” más propensa a enfrentar y a destruir que a construir un proyecto colectivo.

Parecería que una cierta fuerza ermitaña y desconocida, que parte en buena medida de una desconfianza que en lugar de procurar acercarse para comprender las razones del otro; prefiere manifestar rechazo como acto reflejo y hasta en muchos casos, acompañando el gesto enemistoso fundado y preventivo con una extraña y llamativa carga de resentimiento, que lleva a no ceder ninguna posición individual en aras del bien común, siendo que ese es, precisamente, el meollo del problema o el “quid” de la cuestión: no puede alcanzarse ningún proyecto colectivo o solidario sin desmedro de sacrificios y cesiones en el ámbito de las posiciones personales.

La soledad y la nostalgia que portaba el inmigrante tampoco ayudaron a mejorar la situación, más allá de que las palabras del preámbulo invitaban abiertamente a “todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino”.

El estado de ánimo de los recién llegados, generalmente hombres que dejaron atrás a sus familias y sus terruños para adelantarse en conseguir un trabajo y un lugar que les permitiera trasladarlos después. La nostalgia o “morriña” del suelo dejado atrás, darían paso a la esperanzada tierra de promisión, con muchas dudas sobre saberse queridos o rechazados.

En los hechos, y en la mayor parte de los casos, los inmigrantes tendieron a agruparse y reunirse en colonias, clubes, asociaciones y sociedades de fomento, compartiendo gran parte de su tiempo y actividades con miembros de sus comunidades de origen.

Se daba así la particularidad de que un pueblo generoso, que abrió canales de ascenso social a través de la implementación de amplias políticas de educación gratuita y de instrucción pública en todos los niveles, así como una amplia apertura a los mercados de trabajo urbanos y rurales, mantenía, sin embargo, prejuicios sociológicos que arrancaban desde una idiosincrasia muy cerrada y muy anterior que probablemente provenía del pasado colonial y la herencia hispánica.

Hubo así un cierto rechazo por parte de los criollos hacia los “gringos” que en algunos casos se manifestaba de manera despectiva o de desprecio, como de los inmigrantes de origen europeo a relacionarse con los “cabecitas negras”; de manera que los matrimonios entre los miembros de las respectivas comunidades de origen serían la regla en un principio, aunque más tarde la situación iría paulatinamente modificándose; derivando hacia una mayor integración y apertura, especialmente en ciertas comunidades, como los italianos y los españoles.

Así, se daba la paradoja que, mientras el escenario exhibía a una sociedad abierta con altos niveles de inclusión y de movilidad social; y con índices muy altos de crecimiento poblacional entre censo y censo; como consecuencia de las masivas oleadas inmigratorias que se incorporaban a la masa de habitantes, en el interior de la misma permanecían y se acrecentaban los prejuicios y los celos de una sociedad que no terminaba de articularse.

En “La Bolsa”, un libro que reúne una numerosa cantidad de episodios escritos por el periodista Julián MARTEL (seudónimo de José MIRÓ) en el diario “La Nación”, se ponían en evidencia los problemas de una sociedad que, por un lado exhibía un notable progreso económico, pero que por otra parte presentaba importantes vacíos morales e injusticias en su acuerdo de convivencia.

Y si acaso faltase agregar algún condimento adicional a este cóctel ya de por sí complejo, cabría destacar el dato frecuentemente citado en el ámbito de la historia política e institucional, cual es el “espíritu faccioso” que llevara al académico Félix LUNA a colocar como título de uno de sus libros más destacados, los “Conflictos y Armonías en la Historia Argentina,” que ejemplifica claramente nuestro derrotero como un permanente enfrentamiento entre tendencias en pugna, que sólo en algunas oportunidades excepcionales y minoritarias alcanzan principios de acuerdo pero que luego suelen desvanecerse.

Mi maestro, Alberto Antonio Spota, quien justamente solía caracterizar a la historia argentina como el resultado de enfrentamientos y transacciones entre tendencias opuestas y en pugna entre sí; acostumbraba en sus memorables clases o apelar al auxilio de la geometría, a las líneas paralelas, que conforme a la teoría, se encuentran en algún punto imaginario del universo, y así también nos lo hace ver un fenómeno de ilusión óptica, aunque ello raramente ocurra o suceda en un punto muy lejano e imprevisible.

A lo largo de nuestra historia como nación, siempre han existido grupos radicalmente enfrentados y que no pocas veces han resuelto sus diferencias de manera violenta, generalmente por medio de las armas y con dolorosos episodios de derramamiento de sangre. En su libro “Matar y Morir”, el académico Vicente MASSOT pasa revista a la recurrencia al crimen político como argumento recurrente de todos los sectores.

Ya desde las invasiones inglesas, ya antes del inicio del proceso emancipador, se produjeron enfrentamientos entre “linieristas y alzaguistas”; después serían “morenistas y saavedristas” una vez iniciada la Revolución de Mayo; las luchas entre “unitarios y federales” aluden a un largo período de divisiones y odio en la primera mitad del siglo XIX. Después serían “chupandinos y pandilleros” para distinguir a autonomistas y liberales porteños. Más tarde “radicales y conservadores”, “peronistas y antiperonistas”, etcétera.

La impronta de esos enfrentamientos destaca la preposición “anti” como argumento. Ha creado un comportamiento y una actitud conforme a la cual para los argentinos, la pertenencia a una “parte” vale más que el “todo”, llevando ese sectarismo a posiciones muy extremas en la confrontación, en donde el triunfo debe alcanzarse a cualquier precio y utilizando cualquier procedimiento, como lo reflejan las disputas internas que son frecuentes en el interior de muchos partidos políticos y organizaciones gremiales.

Un ejemplo paradigmático de lo que venimos diciendo se encuentra en el fútbol, un deporte que concita gran adhesión popular en nuestro país. Para los aficionados a un club suele ser a veces más importante su equipo que el seleccionado nacional y, si se trata de seguidores fanáticos o de “hinchas”, que no son pocos en nuestro país, muchas veces también se antepone la preferencia por la derrota del rival clásico que por sobre el propio triunfo del equipo de sus amores.

Este ejemplo, sencillo y habitual, pero no por ello menos triste, demuestra que entre nosotros la pertenencia a una “parte” es más importante que la pertenencia al “todo”. Y tal vez por ello en alguna medida explica que nuestra capacidad individual se pierde ante el fracaso de organizarnos colectivamente.

Los datos que hemos relatado contribuyen a explicar el *egoísmo* como nota relevante y característica del argentino promedio —especialmente del porteño pero no excluyente de los demás— que suele ser caracterizado por quienes nos observan desde otras latitudes, como una persona que se siente ubicada en el centro del mundo y que, además, se las sabe todas, y que, por supuesto, se siente siempre “más vivo” que los demás.

No hay dudas de que la llamada *viveza criolla* contribuye en este punto, como así también el talento individual de muchos argentinos que se han destacado en las más variadas disciplinas culturales, científicas y deportivas —casi siempre como consecuencia de grandes sacrificios y esfuerzos

individuales— pero que el resto de los compatriotas considera que les corresponde naturalmente compartir como propios, arrogándose los méritos de los mismos, haciendo indisimulada gala de ello.

La “cargada” a los demás, como consecuencia del triunfo de algún tercero a cuya parcialidad se adscribe, no es más que una manifestación de esa característica que, en el fondo, esconde una gran vulgaridad y, tanto más se expresa cuanto menos personalidad exhiba el sujeto, conforme lo pusiera de relieve José INGENIEROS en “El Hombre Mediocre”.

Esa absurda mirada de superioridad ha llegado al extremo de producir en algunos momentos, una llamativa y desmesurada exaltación chauvinista en situaciones determinadas, como son por ejemplo los campeonatos mundiales de fútbol y otros eventos similares.

En el caso particular del fútbol, me llama la atención que se invoque un historial de méritos fundado en la trayectoria y el prestigio argentino en las distintas competiciones en las que ha participado. De manera que personas que no sienten el mayor interés ni tienen ningún conocimiento sobre la rica historia de su país, reivindican un derecho a ser considerados y respetados en razón de nuestro derrotero deportivo, afirmando con total firmeza en ese caso que “tenemos historia”.

También es notable como otorgamos denominaciones o apodos a los habitantes de otros países, especialmente a nuestros vecinos en los que se entremezcla cariño fraterno con cierto aire superior de y hasta de subestimación que roza los límites de la xenofobia, aunque probablemente esa no sea la intención.

Así, los uruguayos son “yoruguas” los chilenos “chilotes”, los paraguayos “paraguas”, los bolivianos son “bolitas”, los peruanos son “perucas” y los brasileños son “brasucas” para extenderse más allá en el mundo a “chinos”, “ponjas”, “gallegos”, “tanos”, “polacos” o “rusos” aplicados con licencia de gran amplitud interpretativa y escaso rigor geográfico.

Estas notables —y lamentables— tendencias ególatras, basadas en un exceso de autoestima y en una falsa creencia de superioridad, conforme con la cual “Dios es argentino”, descansa en realidad en una disminuida valoración cultural y en una muy mala apreciación de nuestra ubicación universal. Hay, en el fondo un escaso conocimiento del mundo circundante que es tomado con un dejo de desdén e ironía tal vez basado en parte en nuestra lejana ubicación geográfica.

El comportamiento que exhiben muchos compatriotas cuando se trasladan al exterior de nuestro país es una muestra acabada de lo que venimos diciendo: se habla a los gritos y con poco respeto del entorno, realizando comentarios irónicos al amparo de la barrera idiomática y en muchos casos se han registrado verdaderas tropelías sobre la base del abuso de confianza de quienes se desenvuelven sin reglas ante personas acostumbradas a respetarlas.

Otro factor muy importante a relacionar es el *personalismo* heredado del pasado colonial y caudillesco que lleva a verdaderos niveles de exageración.

Una particularidad es que en este caso, el culto a la personalidad sobrepasa los niveles bajos y medios de la población para evidenciarse particularmente en los sectores más altos de la escala social, en donde produce verdaderas “hogueras de vanidades”, generalmente en el caso de personas que si bien pueden tener algún mérito, suelen exhibir, más bien, una elevada y desmesurada opinión sobre ellos mismos que en poco o nada contribuyen a nuestra realización colectiva y a que, generalmente, el punto de vista y atención se encuentra puesto, exclusivamente, en su provecho y éxito individual y —sobre todo— en el reconocimiento que alcancen y que, por supuesto, considerarán siempre como un acto de elemental y estricta justicia, fundado en un pretendido orden natural de las cosas.

No es difícil advertir en esto los altos niveles de “cholulismo” y de frivolidad que no son otra cosa que manifestaciones de incultura en una sociedad que pierde valores comunes de referencia, y en donde el éxito económico y la notoriedad pasan a ser el *leitmotiv* del trabajo de muchos.

Tengo para mí que tales desmesuradas egolatrías constituyen uno de los mayores obstáculos a nuestra realización colectiva.

Es lamentable la generalización de tales nefastos personajes, por lo general quejosos, malhumorados y reaccionarios; que suelen dar muchos discursos pero aportan muy pocas ideas. Contrastan notablemente con la humildad de los verdaderamente grandes, de los hacedores silenciosos: Florentino Ameghino, Leandro Alem, Alfredo L. Palacios y René Favalaro, entre muchos otros argentinos abnegados que no soportaron la inmoralidad circundante.

Porque afortunadamente, en medio de la frivolidad y de la egolatría sobresale la sólida tarea de los humildes de corazón y de espíritu; la solidaridad no es un rasgo menor en la Argentina.

Como contraste a tanta banalidad se destaca el gran sentimiento solidario de una parte importante de la población con afán participativo y comprometido. Un escritor extranjero, admirador de nuestro país, me dijo hace poco que en la Argentina la sociedad es mejor que la política; yo creo que tiene razón.

En nuestra sociedad aparecen con mucha frecuencia notas muy destacadas que nos colocan a la vanguardia de la consideración de los otros, en la política, en cambio, esa sociedad no se siente representada por personas que en muchos casos —hay excepciones, siempre las hay— privilegian sus carreras individuales en las que ponen toda su energía y atención.

El resultado es, nuevamente, la incapacidad de presentar y aunar un proyecto común, inclusivo, y representativo que nos aleje de las varias quejas del “que se vayan todos” para reemplazarla por el proyecto sugestivo de vida en común.

Las fuerzas están en el seno de nuestra sociedad y es menester canalizarlas hacia los grandes propósitos, los grandes objetivos: recuerdo una visita que realicé a Berlín, al centro de Estudios Latinoamericanos durante la crisis del 2001/2002, los alemanes se asombraban de que la cantidad de euros que ellos destinaban a cultura no podían igualar la oferta teatral de Buenos Aires, que se constituía por obras sobre la crisis y donde sobresalían emprendimientos espontáneos de mucho talento y es caso presupuesto.

Así como también se destaca una sociedad solidaria y participativa que sabe organizarse espontáneamente en prosecución de sus derechos básicos como, por ejemplo, el reclamo de mayor seguridad y de mejor educación, así también entiendo que la Argentina sobresale por su fuerte sentido crítico.

Nuestro espíritu crítico es tan fuerte que a veces podría considerarse desmesurado y descarnado, superando al de los estadounidenses que es notable, habiendo producido importantes películas y libros para denunciar problemas sociales y políticos internos que, al despertar conciencia y poner el foco de atención sobre los mismos, culminan ofreciendo y aportando soluciones.

Los argentinos también lo hacemos con la literatura, la prensa, el cine y el teatro, siendo que las expresiones culturales muchas veces son proyectos pequeños, autofinanciados, que responden a un notable talento y a una gran creatividad que desde el exterior se reconoce con admiración.

Cuando digo que somos descarnados y despiadados en la crítica, es porque también sorprendemos y a veces, hasta asustamos con el nivel de agresión interna de nuestra crítica política y social. En el cine y en teatro nos animamos a presentar con crudeza y realismo, temas muy complejos y difíciles y nos colocamos a la vanguardia de esos temas.

En la crítica política, arremetemos con lenguaje crudo y llano —a veces al límite de lo ofensivo— sobre los funcionarios que ocupan las más altas investiduras. Esto sorprende mucho a los analistas de otros países, en donde se es mucho más cuidadoso y respetuoso de las personas que ocupan altos cargos.

Uno de los aspectos con que mayor rigor se manifiesta lo que venimos diciendo es en el humor político. Ya desde comienzos del siglo XX, las revistas “*El Mosquito*” y “*Caras y Caretas*” inaugurarían la caricatura como lenguaje gráfico para exaltar defectos y ocultar virtudes. Cuando en tiempos más

recientes se ven las ilustraciones sobre personajes políticos, inclusive en las tapas de algunas revistas, llama la atención la desmedida agresión en los dibujos, tendiente muchas veces a ridiculizar a muy importantes figuras políticas.

La misma observación se traslada a la radio y a la televisión, a veces exagerando en los niveles de frivolidad ya apuntados; como cuando hace pocos años, un conductor de un programa de entretenimientos se permitió burlarse ante las cámaras del entonces Presidente de la Nación en ejercicio, que había concurrido a su programa. Fue otro mal entendido alarde de “viveza criolla” en que el animador se sintió más “vivo” y más importante que el Presidente, sin darse cuenta —o sin importarle— que su “humorada” nos causó a todos un gran daño colectivo.

Creo que todos estos ejemplos que venimos citando desde un comportamiento crítico y participativo que a la vez se manifiesta en protestas callejeras espontáneas pero desarticuladas; deberían llevarnos a reflexionar para poner en marcha un intento de cambio de carga negativa hacia una carga, valor o valencia positiva en tan maravillosa y valiosa manifestación de libertad de expresión.

Sucede que mientras toda esa fuerza expresiva crítica pugna por manifestarse del mismo modo que el magma y la lava de un volcán espera la erupción para salir, es menester que la libertad de expresión pueda manifestarse por los canales habituales y tradicionales que nos permiten construir el debate en una democracia deliberativa.

Un pueblo tan participativo no merece que los candidatos a la presidencia de la Nación no se avengan a sostener un debate público frente a las cámaras de televisión con el mezquino argumento de que el que va adelante en las encuestas le da ventaja al segundo porque tiene menos que perder.

Tales razones “estratégicas” son egoísmo puro y no ayudan a construir el debate en una sociedad democrática. Los argentinos que queremos y creemos en la democracia vemos por televisión y con alguna envidia los debates presidenciales de Estados Unidos, España o Chile y los admiramos y consideramos una demostración de civilidad, de consenso y de respeto ciudadano.

De igual modo deben legislarse de un modo más equitativo y competitivo los espacios de campañas políticas, no permitiendo que el gobierno saque ventajas a la oposición y que ésta última tenga oportunidades de expresarse libremente en los foros públicos.

Hace algunos años, un candidato que triunfó en la primera vuelta en las elecciones presidenciales, no se presentó a la segunda vuelta cuando advirtió en las encuestas que el voto negativo lo vencería. Presentó su huida de la contienda para la que se había postulado como un “renunciamiento histórico”, subestimando a un electorado convocado a las urnas que tenía el derecho a que el presidente electo alcanzara el consenso requerido por la Constitución, consistente en el 45% de los votos o el 40% con 10 puntos de diferencia con respecto al segundo.

Los ciudadanos, cualquiera sea el lugar que ocupemos en la estructura institucional o en las diferentes ocupaciones que tengamos en nuestra vida personal o profesional, ya que en el caso lo que importa es que formamos parte de una comunidad en la que se nos presenta la disyuntiva de hierro de seguir justificando y disimulando las consecuencias negativas de muchas conductas egoístas en todos los ámbitos; o bien y de una vez por todas tenemos la opción de elegir subordinar nuestras posiciones individuales al proyecto común de nación.

No perderemos la libertad por ello; por el contrario, podría suceder que nos encontremos con la sorpresa que para que ella sea una realidad tengamos que seguir el norte marcado por la Constitución Nacional, el arca guardadora de nuestras más sagradas libertades.